Los hechos de Pablo y Tecla

CAPÍTULO 1

1 Cuando Pablo subió a Iconio, después de su huida de Antioquía, se unieron a él Demas y Hermógenes, quienes entonces estaban llenos de hipocresía.
2 Pero Pablo, mirando solamente la bondad de Dios, no les hizo ningún mal, sino que los amó mucho.
3 Por tanto, se esforzó por hacerles agradables todos los oráculos y doctrinas de Cristo, y el designio del Evangelio del amado Hijo de Dios, instruyéndoles en el conocimiento de Cristo, tal como le fue revelado.
4 Y un hombre llamado Onesíforo, oyendo que Pablo había llegado a Iconio, salió rápidamente a su encuentro, con su mujer Lectra y sus hijos Simmia y Zenón, para invitarle a su casa.
5 Porque Tito les había dado una descripción del personaje de Pablo, aunque ellos aún no lo conocían personalmente, sino que sólo conocían su carácter.
6 Ellos fueron por el camino real hacia Listra, y se quedaron allí esperándolo, comparando a todos los que pasaban con la descripción que Tito les había dado.
7 Por fin vieron venir a un hombre (Pablo), de baja estatura, calvo (o rapado), muslos torcidos, piernas hermosas, ojos hundidos; nariz torcida; lleno de gracia; pues a veces parecía un hombre, a veces tenía el rostro de un ángel. Y Pablo vio a Onesíforo y se alegró.
8 Y Onesíforo dijo: «Salve, siervo del Dios bendito». Pablo respondió: «Que la gracia de Dios sea contigo y tu familia».
9 Pero Demos y Hermógenes, movidos por la envidia, y, con aires de gran religiosidad, Demas dijo: «¿Y no somos también nosotros siervos del Dios bendito? ¿Por qué no nos saludaste?».
10 Onesíforo respondió: Porque no he percibido en vosotros frutos de justicia; sin embargo, si sois de esa clase, también seréis bienvenidos en mi casa.
11 Entonces Pablo entró en casa de Onesíforo, y hubo gran gozo en la familia por esto; y se ocuparon en la oración, en el partimiento del pan y en escuchar a Pablo predicar la palabra de Dios acerca de la templanza y la resurrección, de la siguiente manera:
12 Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.
13 Bienaventurados los que conservan su carne sin mancha, porque serán templo de Dios.
14 Bienaventurados los que practican la templanza, porque a ellos se les revelará Dios.
15 Bienaventurados los que abandonan los placeres seculares, porque serán aceptados por Dios.
16 Bienaventurados los que tienen esposa, como si no la tuvieran; porque serán hechos ángeles de Dios.
17 Bienaventurados los que tiemblan ante la palabra de Dios; porque ellos recibirán consolación.
18 Bienaventurados los que mantienen puro su bautismo, porque hallarán paz con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
19 Bienaventurados los que siguen la sabiduría de Jesucristo, porque ellos serán llamados hijos del Altísimo.
20 Bienaventurados los que guardan las instrucciones de Jesucristo, porque ellos morarán en la luz eterna.
21 Bienaventurados los que por amor de Cristo abandonan las glorias del mundo, porque ellos juzgarán a los ángeles, y serán puestos a la diestra de Cristo, y no sufrirán la amargura del juicio final.
22 Bienaventurados los cuerpos y las almas de las vírgenes, porque son aceptables a Dios y no perderán la recompensa de su virginidad, pues la palabra de su Padre celestial será eficaz para su salvación en el día de su Hijo, y gozarán de descanso para siempre.

CAPÍTULO 2

1 Mientras Pablo predicaba este sermón en la iglesia que estaba en casa de Onesíforo, una virgen llamada Tecla, cuya madre se llamaba Teoclia, y estaba desposada con un hombre llamado Tamiris, estaba sentada a una ventana de su casa.
2 Desde donde, gracias a una ventana que había en la casa donde estaba Pablo, oía de noche y de día los sermones de Pablo acerca de Dios, de la caridad, de la fe en Cristo y de la oración.
3 Y no se apartaba de la ventana hasta que con gran alegría se sometía a las doctrinas de la fe.
4 Por fin, cuando vio que muchas mujeres y vírgenes acudían a Pablo, deseó fervientemente ser considerada digna de aparecer en su presencia y escuchar la palabra de Cristo; porque todavía no había visto a Pablo, sino que sólo había escuchado sus sermones, y sólo eso.
5 Pero como no la convencieron de que se apartara de la ventana, su madre mandó llamar a Tamiris, quien acudió con gran alegría, pues esperaba casarse con ella. Así pues, le preguntó a Teoclia: «¿Dónde está mi Tecla?».
6 Teoclia respondió: «Tamiris, tengo algo muy extraño que decirte; porque Tecla, desde hace tres días, no se mueve de la ventana ni para comer ni beber, sino que está tan concentrada en escuchar los discursos astutos y engañosos de cierto extranjero, que admiro perfectamente, Tamiris, que una joven de su conocida modestia se deje convencer de esa manera.
7 Porque ese hombre ha perturbado a toda la ciudad de Iconio, y también a tu Tecla, entre otras. Todas las mujeres y los jóvenes acuden a él para recibir su doctrina; quien, además de todo lo demás, les dice que hay un solo Dios, al que solo se debe adorar, y que debemos vivir en castidad.
8 A pesar de esto, mi hija Tecla, como una telaraña pegada a la ventana, está cautivada por los discursos de Pablo y los escucha con prodigioso entusiasmo y gran deleite; y así, al escuchar lo que dice, la joven queda seducida. Ahora pues, ve y háblale, pues está comprometida contigo.
9 En consecuencia, Tamiris fue y, tras saludarla y procurando no sorprenderla, le dijo: «Tecla, esposa mía, ¿por qué te sientas en esta postura melancólica? ¿Qué extrañas impresiones te causan? Vuélvete hacia Tamiris y sonrojate.»

10 Su madre también le habló de la misma manera, y le dijo: Hija, ¿por qué estás sentada tan melancólica, y como asombrada, no respondes?
11 Entonces lloraron mucho: Tamiria, porque había perdido a su esposa; Teoclia, porque había perdido a su hija; y las doncellas, porque habían perdido a su señora; y hubo un luto universal en la familia.
12 Pero todas estas cosas no hicieron ninguna impresión en Tecla, como para inclinarla a volverse hacia ellas y tomarlas en cuenta; porque ella todavía tenía en cuenta los discursos de Pablo.
13 Entonces Tamiris salió corriendo a la calle para ver quiénes eran los que habían entrado en Pablo y habían salido de él; y vio a dos hombres que discutían acaloradamente, y les dijo:
14 Señores, ¿qué asunto tienen ustedes aquí? ¿Y quién es ese hombre que está dentro de ustedes, que engaña las mentes de los hombres, tanto de los jóvenes como de las vírgenes, persuadiéndolos de que no deben casarse, sino permanecer como están?
15 Te prometo darte una suma considerable, si me das un informe justo de él, porque soy la persona principal de esta ciudad.
16 Demas y Hermógenes respondieron: No podemos decir con tanta exactitud quién es, pero esto sabemos: que priva a los jóvenes de sus (prometidas) esposas y a las vírgenes de sus (prometidos) maridos, enseñando: No puede haber resurrección futura, a menos que continuéis en castidad y no contaminéis vuestra carne.

CAPÍTULO 3

1 Entonces dijo Tamiris: «Vengan conmigo a mi casa y refrésquense». Así que fueron a una fiesta muy espléndida, donde había vino en abundancia y provisiones muy ricas.
2 Los llevaron a una mesa ricamente servida y Tamiris los obligó a beber abundantemente, a causa del amor que sentía por Tecla y su deseo de casarse con ella.
3 Entonces Tamiris dijo: Deseo que me informen cuáles son las doctrinas de este Pablo, para que pueda entenderlas; porque estoy muy preocupado por Tecla, ya que ella se deleita tanto con los discursos de ese extraño, que estoy en peligro de perder a mi futura esposa.
4 Entonces Demas y Hermógenes respondieron a una y dijeron: Que sea llevado ante el gobernador Castellio, como alguien que intenta persuadir al pueblo a adoptar la nueva religión de los cristianos, y él, según la orden de César, lo condenará a muerte, por cuyo medio obtendrás a tu esposa;
5 Al mismo tiempo le enseñaremos que la resurrección de que él habla ya ha venido, y consiste en que tengamos hijos, y que entonces resucitamos cuando llegamos al conocimiento de Dios.
6 Tamiris, al oír esto, se llenó de gran resentimiento:
7 Y levantándose de mañana, fue a casa de Onesíforo, acompañado por los magistrados, el carcelero y una gran multitud con palos, y dijo a Pablo:
8 Has pervertido la ciudad de Iconio, y entre las demás, a Tecla, mi prometida, de modo que ahora no quiere casarse conmigo. Por lo tanto, irás con nosotros ante el gobernador Castellio.
9 Y toda la multitud gritó: ¡Fuera con este impostor, porque ha pervertido el corazón de nuestras mujeres, y todo el pueblo le obedece!

CAPÍTULO 4

1 Entonces Tamiris, puesto en pie ante el tribunal del gobernador, habló en voz alta de esta manera:
2 ¡Oh, gobernador! No sé de dónde viene este hombre; pero es uno que enseña que el matrimonio es ilegal. Por lo tanto, ordénale que te declare por qué publica tales doctrinas.
3 Mientras él decía estas cosas, Demas y Hermógenes susurraron a Tamiris y dijeron: Di que es cristiano y que pronto será condenado a muerte.
4 Pero el gobernador fue más reflexivo y, llamando a Pablo, le dijo: «¿Quién eres? ¿Qué enseñas? Parece que te imputan graves delitos».
5 Entonces Pablo habló a gran voz, diciendo: Ahora que soy llamado a dar cuenta de mis doctrinas, oh gobernador, solicito que me escuches.
6 Ese Dios, que es un Dios de venganza y que no tiene necesidad de nada más que la salvación de sus criaturas, me ha enviado para rescatarlas de su maldad y corrupciones, de todos los placeres pecaminosos y de la muerte, y para persuadirlas a no pecar más.
7 Por esta razón, Dios envió a su Hijo Jesucristo, a quien yo predico y en quien instruyo a los hombres a poner sus esperanzas, como aquella persona que sólo tuvo tal compasión por el mundo engañado, para que no fuera, oh gobernador, condenado, sino que tuviera fe, el temor de Dios, el conocimiento de la religión y el amor a la verdad.
8 Así que, si sólo enseño lo que recibí por revelación de Dios, ¿dónde está mi delito?
9 Cuando el gobernador oyó esto, mandó atar a Pablo y ponerlo en la cárcel, hasta que tuviera tiempo para oírlo con más detalle.
10 Pero por la noche, Tecla se quitó los pendientes y se los dio al portero de la prisión, quien entonces le abrió las puertas y la dejó entrar;
11 Y habiendo regalado un espejo de plata al carcelero, le fue permitido entrar en la habitación donde estaba Pablo; y sentándose a sus pies, oyó de él las grandezas de Dios.
12 Y como percibió que Pablo no tenía miedo del sufrimiento, sino que con la ayuda divina se comportaba con valentía, su fe aumentó tanto que besó sus cadenas.

CAPÍTULO 5

1 Finalmente, Tecla fue extraviada y buscada por la familia y por Tamiris en todas las calles, como si se hubiera perdido, pero uno de los compañeros de servicio del portero les dijo que había salido durante la noche.
2 Entonces interrogaron al portero, y él les dijo que ella había ido a la cárcel, adonde estaba el hombre extraño.
3 Ellos, pues, fueron según su orden, y allí la hallaron; y cuando salieron, juntaron una turba, y fueron y contaron al gobernador todo lo que había sucedido.
4 Después de lo cual ordenó que llevaran a Pablo ante el tribunal.
5 Mientras tanto, Tecla yacía revolcándose en el suelo en la prisión, en el mismo lugar donde Pablo se había sentado

para enseñarle; por lo cual el gobernador también ordenó que la trajeran ante su tribunal; citación que ella recibió con alegría, y fue.
6 Y cuando llevaron a Pablo allí, la multitud gritó con más vehemencia: ¡Es un mago! ¡Muera!
7 Sin embargo, el gobernador escuchaba con agrado los discursos de Pablo sobre las santas obras de Cristo; y, después de convocado un concilio, llamó a Tecla y le dijo: ¿Por qué no te casas con Tamiris, según la ley de los iconianos?
8 Ella se quedó quieta, con los ojos fijos en Pablo; y viendo que no respondía, Teoclia, su madre, clamó diciendo: Quememos a esa injusta criatura; quememosla en medio del teatro por haber rechazado a Tamiris, para que todas las mujeres aprendan de ella a evitar tales prácticas.
9 Entonces el gobernador se preocupó mucho y ordenó que sacaran a Pablo de la ciudad con azotes y quemaran a Tecla.
10 Entonces el gobernador se levantó y entró inmediatamente en el teatro; y todo el pueblo salió a ver aquel terrible espectáculo.
11 Pero Tecla, como un cordero en el desierto mira a todos lados para ver a su pastor, buscaba a Pablo;
12 Y mientras contemplaba a la multitud, vio al Señor Jesús en la semejanza de Pablo, y se dijo: «Pablo ha venido a verme en mi apuro». Y fijó su mirada en él; pero al instante él ascendió al cielo, mientras ella lo contemplaba.
13 Entonces los jóvenes y las mujeres trajeron leña y paja para la quema de Tecla; quien, siendo llevada desnuda a la hoguera, arrancó lágrimas al gobernador, al contemplar con sorpresa la grandeza de su belleza.
14 Y cuando hubieron dispuesto la leña, la gente le ordenó que subiera sobre ella, lo cual ella hizo, haciendo primero la señal de la cruz.
15 Entonces el pueblo prendió fuego a la pira, y aunque la llama era muy grande, no la tocó, porque Dios tuvo compasión de ella, y causó una gran erupción desde la tierra de abajo, y una nube desde arriba para derramar grandes cantidades de lluvia y granizo.
16 De tal manera que por la ruptura de la tierra, muchos estuvieron en gran peligro, y algunos murieron, el fuego se extinguió y Tecla fue preservada.

CAPÍTULO 6

1 Mientras tanto, Pablo estaba ayunando en una cueva que estaba en el camino de Iconio a Dafne, con Onesíforo, su mujer y sus hijos.
2 Y después de haber ayunado algunos días, los niños dijeron a Pablo: Padre, tenemos hambre, y no tenemos qué comprar pan, porque Onesíforo había dejado todos sus bienes para seguir a Pablo con su familia.

1. Entrada a los confines del infierno.
2. Caronte en su barca.
3. El Minotauro rugiendo ante la aproximación de las almas condenadas.
4. Almas agitadas por el aliento impuro de los malos espíritus.
5. Cerbero devorando las almas de los golosos.
6. Los avaros y pródigos condenados a llevar cargas.
7. Los envidiosos y enojados fueron arrojados al lago Estigia.
8. Torre y muralla de la ciudad malvada.
9. En esta zanja están los que han pecado contra sus vecinos; los centauros les disparan flechas.
10. Aquellos que han pecado contra sí mismos son aquí atormentados por las arpías.
11. Lluvia de fuego para los que han pecado contra Dios.
12. Alma del tirano Gerión arrojada a las llamas.
13. Los libertinos y corruptores de la juventud azotados por los demonios.
14. Abismo venenoso en el que se hunden los aduladores.
15. Lago de fuego en los calderos donde son arrojados los simonitas.
16. Hechiceros y adivinos, con el rostro vuelto hacia atrás.
17. Pantano de brea hirviente para tramposos, ladrones y engañadores.
18. Hipócrita crucificado.
19. Los consejeros pérfidos se precipitaron a un foso en llamas.
20. Para las personas escandalosas: uno se lleva la cabeza a la mano.
21. Ladrones y otros criminales atormentados por un centauro armado con serpientes.
22. Los alquimistas y los curanderos son víctimas de la lepra.
23. Pozo de hielo, para los traidores y los ingratos.
24. Plutón en medio de un glaciar devorando a los condenados.
25. La ciudad santa de Jerusalén.

3 Entonces Pablo, quitándose la capa, dijo al muchacho: Anda, hijo, compra pan, y tráelo.
4 Pero mientras el muchacho compraba el pan, vio a su vecina Tecla y, sorprendido, le dijo: «Tecla, ¿adónde vas?».
5 Ella respondió: Voy en busca de Pablo, ahora que he sido librado de las llamas.
6 Entonces el muchacho dijo: Te llevaré a donde él está, porque él está muy preocupado por ti y ha estado en oración y ayuno estos seis días.
7 Cuando Tecla llegó a la cueva, encontró a Pablo de rodillas orando y diciendo: Oh Padre santo, oh Señor Jesucristo, concede que el fuego no toque a Tecla, sino sé su ayudadora, porque ella es tu sierva.
8 Tecla, entonces parada detrás de él, exclamó con las siguientes palabras: Oh Señor soberano, Creador del cielo y de la tierra, Padre de tu amado y santo Hijo, te alabo porque me has preservado del fuego, para ver a Pablo nuevamente.
9 Entonces Pablo se levantó, y al verla, dijo: Oh Dios, que escudriñas los corazones, Padre de mi Señor Jesucristo, te alabo porque has respondido a mi oración.
10 Y había entre ellos en la cueva un gran afecto unos hacia otros; y Pablo, Onesíforo y todos los que estaban con ellos estaban llenos de gozo.
11 Tenían cinco panes, algunas hierbas y agua, y se consolaban unos a otros reflexionando sobre las santas obras de Cristo.
12 Entonces Tecla dijo a Pablo: Si te parece bien, te seguiré adondequiera que vayas.
13 Él le respondió: Las personas son ahora muy dadas a la fornicación, y siendo tú hermosa, temo que te topes con una tentación mayor que la primera, y no resistas, sino que seas vencida por ella.

14 Tecla respondió: Concédeme sólo el sello de Cristo, y ninguna tentación me afectará.
15 Pablo le respondió: Tecla, espera con paciencia, y recibirás el don de Cristo.

CAPÍTULO 7

1 Entonces Pablo envió a Onesíforo y a su familia a su casa, y tomando consigo a Tecla, partió para Antioquía;
2 Y tan pronto como llegaron a la ciudad, un cierto sirio llamado Alejandro, un magistrado de la ciudad, que había hecho muchos servicios considerables para la ciudad durante su magistratura, vio a Tecla y se enamoró de ella, y se esforzó con muchos regalos ricos para atraer el interés de Pablo.
3 Pero Pablo le respondió: No conozco a la mujer de quien habláis, ni es mía.
4 Pero él, siendo una persona de gran poder en Antioquía, la tomó en la calle y la besó; lo cual Tecla no pudo soportar, sino que, mirando a su alrededor en busca de Pablo, gritó en voz alta y angustiada: No me fuerces, que soy extranjera; no me fuerces, que soy sierva de Dios; soy una de las personas principales de Iconio, y me vi obligada a abandonar esa ciudad porque no quería casarme con Tamiris.
5 Entonces se apoderó de Alejandro, le rasgó la túnica, le quitó la corona de la cabeza y lo puso en ridículo delante de todo el pueblo.
6 Pero Alejandro, en parte porque la amaba y en parte porque se avergonzaba de lo que había hecho, la llevó ante el gobernador, y cuando ella confesó lo que había hecho, la condenó a ser arrojada entre las bestias.

CAPÍTULO 8

1 Al verlo, el pueblo dijo: «Los juicios dictados en esta ciudad son injustos». Pero Tecla solicitó el favor del gobernador para que su castidad no fuera atacada, sino preservada hasta que fuera arrojada a las fieras.
2 Entonces el gobernador preguntó quién la hospedaría; a lo cual una viuda muy rica, llamada Trifina, cuya hija había muerto recientemente, le pidió que la cuidara; y comenzó a tratarla en su casa como a su propia hija.
3 Finalmente llegó el día en que debían sacar a los animales para que los vieran, y Tecla fue llevada al anfiteatro y metida en un foso en el que había una leona extremadamente feroz, en presencia de una multitud de espectadores.
4 Trifina, sin sorpresa alguna, acompañó a Tecla, y la leona le lamió los pies. El título escrito que denotaba su crimen era «Sacrilegio». Entonces la mujer exclamó: «Oh Dios, los juicios de esta ciudad son injustos».
5 Después de que las bestias fueron mostradas, Trifina llevó a Tecla a su casa con ella, y se fueron a la cama; y he aquí, la hija de Trifina, que estaba muerta, se apareció a su madre, y dijo: Madre, que la joven Tecla sea considerada por ti como tu hija en mi lugar; y pídele que ore por mí, para que yo pueda ser trasladada a un estado de felicidad.
6 A lo cual Trifina, con aire triste, dijo: Mi hija Falconilla se me ha aparecido y me ha ordenado que te reciba en su habitación; por lo que deseo, Tecla, que ores por mi hija, para que sea trasladada a un estado de felicidad y a la vida eterna.
7 Al oír esto, Tecla oró de inmediato al Señor y dijo: «Oh, Señor Dios del cielo y de la tierra, Jesucristo, Hijo del Altísimo, concede que su hija Falconila viva para siempre». Trifina, al oír esto, gimió de nuevo y dijo: «¡Oh, juicios injustos! ¡Oh, maldad irrazonable! ¡Que una criatura así sea (de nuevo) arrojada a las bestias!».
8 Al día siguiente, al rayar el alba, Alejandro llegó a casa de Trifina y dijo: El gobernador y el pueblo esperan; sacad al criminal.
9 Pero Trifina se abalanzó sobre él con tanta violencia que, asustado, huyó. Trifina pertenecía a la familia real, y expresó su dolor diciendo: «¡Ay! Tengo problemas en mi casa por dos razones, y nadie me socorrerá, ni por la pérdida de mi hija ni por no poder salvar a Tecla. Pero ahora, oh Señor Dios, auxilia a Tecla, tu sierva».
10 Mientras estaba así ocupada, el gobernador envió a uno de sus oficiales a buscar a Tecla. Trifina la tomó de la mano y, acompañándola, dijo: «Fui con Falconilla a su tumba, y ahora debo ir con Tecla a las fieras».
11 Cuando Tecla oyó esto, llorando oró y dijo: Oh Señor Dios, en quien he puesto mi confianza y refugio, recompensa a Trifina por su compasión hacia mí y por preservar mi castidad.
12 Entonces hubo un gran estruendo en el anfiteatro; las fieras rugieron, y el pueblo gritó: ¡Traed al malhechor!
13 Pero la mujer gritó: «Que toda la ciudad sufra por tales crímenes; y condános a todos, oh gobernador, al mismo castigo. ¡Qué juicio injusto! ¡Qué espectáculo cruel!»
14 Otros decían: «Que toda la ciudad sea destruida por esta vil acción. ¡Mátanos a todos, gobernador! ¡Qué espectáculo tan cruel! ¡Qué juicio tan injusto!».

CAPÍTULO 9

1 Entonces Tecla fue sacada de la mano de Trifina, desnudada, le pusieron un cinturón y la arrojaron al lugar designado para luchar contra las bestias; y los leones y los osos fueron soltados sobre ella.
2 Pero una leona, la más feroz de todas, corrió hacia Tecla y cayó a sus pies. Ante lo cual la multitud de mujeres gritó a gritos.
3 Entonces una osa corrió hacia ella con fiereza; pero la leona se topó con la osa y la despedazó.
4 De nuevo, un león, que solía devorar hombres, y que pertenecía a Alejandro, corrió hacia ella; pero la leona se encontró con el león, y se mataron entre sí.
5 Las mujeres estaban aún más preocupadas porque la leona que había ayudado a Tecla estaba muerta.
6 Después sacaron muchas otras bestias salvajes; pero Tecla permaneció con las manos extendidas hacia el cielo y oró; y cuando terminó de orar, se dio la vuelta y vio un pozo de agua, y dijo: Ahora es el momento apropiado para que yo sea bautizada.
7 En consecuencia, se arrojó al agua y dijo: «En tu nombre, oh mi Señor Jesucristo, soy bautizada este último día». Al ver esto, las mujeres y la gente gritaron: «No te arrojes al agua». Y el propio gobernador gritó, pensando que los peces (becerros de mar) iban a devorar tanta belleza.
8 A pesar de todo esto, Tecla se arrojó al agua, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

9 Pero los peces, cuando vieron el relámpago y el fuego, murieron y nadaron muertos sobre la superficie del agua, y una nube de fuego rodeó a Tecla, de modo que como las bestias no podían acercarse a ella, la gente no podía ver su desnudez.
10 Pero volvieron contra ella otras bestias salvajes, ante lo cual lanzaron un grito muy lastimero; y algunas de ellas esparcieron nardo, otras casia, otras amomus (una especie de nardo, o hierba de Jerusalén, o rosa de las damas), y otras ungüento; de modo que la cantidad de ungüento era grande, en proporción al número de personas; y sobre esto todas las bestias yacían como si hubieran estado profundamente dormidas, y no tocaron a Tecla.
11 Ante lo cual, Alejandro le dijo al gobernador: «Tengo unos toros muy terribles; atémosla a ellos». A lo que el gobernador, preocupado, respondió: «Puedes hacer lo que creas conveniente».
12 Entonces pusieron una cuerda alrededor de la cintura de Tecla, con la que ataron también sus pies, y con ella la ataron a los toros, a cuyas partes íntimas aplicaron hierros al rojo vivo, para que, estando más atormentados, pudieran arrastrar con más violencia a Tecla hasta matarla.
13 Los toros se pusieron entonces a correr, haciendo un ruido espantoso; pero la llama que rodeaba a Tecla quemó las cuerdas que estaban atadas a los miembros de los toros, y ella permaneció en medio del escenario, tan despreocupada como si no hubiera sido atada.
14 Pero mientras tanto Trifina, que estaba sentada en uno de los bancos, se desmayó y murió; por lo que toda la ciudad quedó muy preocupada.
15 Y el mismo Alejandro tuvo miedo, y rogó al gobernador, diciendo: Te ruego que tengas compasión de mí y de la ciudad, y que sueltes a esta mujer que ha peleado con las fieras, para que no seamos destruidos tú y yo, y toda la ciudad.
16 Porque si César tuviera algún conocimiento de lo que ahora ha sucedido, seguramente destruiría inmediatamente la ciudad, porque Trifina, una persona de origen real y pariente suya, ha muerto en su trono.
17 Entonces el gobernador llamó a Tecla de entre las bestias y le dijo: ¿Quién eres tú y en qué circunstancias ninguna de las bestias te quiere tocar?
18 Tecla le respondió: Yo soy sierva del Dios viviente, y en cuanto a mi estado, soy creyente en Jesucristo su Hijo, en quien Dios se complace, y por esa razón ninguna de las bestias pudo tocarme.
19 Solo Él es el camino a la salvación eterna y el fundamento de la vida eterna. Es refugio para los afligidos; apoyo para los afligidos; esperanza y defensa para los desesperados; y, en una palabra, todos los que no creen en Él no vivirán, sino que sufrirán la muerte eterna.
20 Cuando el gobernador oyó estas cosas, mandó traerle sus vestidos, y le dijo: Ponte tus vestidos.
21 Tecla respondió: «Que ese Dios que me vistió cuando estaba desnuda entre las bestias, en el día del juicio vista tu alma con el manto de la salvación». Entonces tomó sus ropas y se las puso; y el gobernador inmediatamente publicó una orden con estas palabras: «Te libero, Tecla, la sierva de Dios».
22 Entonces las mujeres clamaron a una a gran voz, y unánimes alabaron a Dios, y dijeron: Sólo hay un Dios, el Dios de Tecla; el único Dios que la libró.
23 Tan fuertes eran sus voces que toda la ciudad pareció estremecerse; y la propia Trifina oyó la buena nueva, se levantó y corrió con la multitud al encuentro de Tecla; y abrazándola, dijo: «Ahora creo que habrá resurrección de los muertos; ahora estoy convencida de que mi hija está viva. Ven a casa conmigo, hija mía Tecla, y te cederé todo lo que tengo».
24 Así que Tecla fue con Trifina, y se entretuvo allí unos días, enseñándole la palabra del Señor, por medio de lo cual muchas jóvenes se convirtieron; y hubo gran alegría en la familia de Trifina.
25 Pero Tecla anhelaba ver a Pablo, y preguntó y envió a todas partes para encontrarlo; y cuando por fin le informaron que él estaba en Myra, en Licia, tomó consigo a muchos hombres y mujeres jóvenes; y poniéndose un cinturón y vistiendo un hábito de hombre, fue a verlo a Myra, en Licia, y allí encontró a Pablo predicando la palabra de Dios; y ella estaba junto a él entre la multitud.

CAPÍTULO 10

1 Pero no fue una pequeña sorpresa para Pablo cuando la vio a ella y a la gente que estaba con ella, pues se imaginó que alguna nueva prueba estaba a punto de sobrevenirles;
2 Lo cual cuando Tecla lo percibió, le dijo: Yo he sido bautizada, oh Pablo, porque el que te ayuda a predicar, me ha ayudado a bautizar.
3 Entonces Pablo la tomó y la condujo a casa de Hermes; y Tecla le contó a Pablo todo lo que le había sucedido en Antioquía, de tal manera que Pablo se maravilló mucho, y todos los que oyeron fueron confirmados en la fe y oraron por la felicidad de Trifina.
4 Entonces Tecla se levantó y le dijo a Pablo: «Voy a Iconio». Pablo le respondió: «Ve y enseña la palabra del Señor».
5 Pero Trifina había enviado grandes sumas de dinero a Pablo, y también ropa por mano de Tecla, para el alivio de los pobres.
6 Así que Tecla fue a Iconio. Y al llegar a la casa de Onesíforo, se postró en el suelo donde Pablo se había sentado y predicado, y, mezclando lágrimas con sus oraciones, alabó y glorificó a Dios con las siguientes palabras:
7 Oh Señor, Dios de esta casa, donde fui iluminado por ti por primera vez; oh Jesús, hijo del Dios viviente, quien fuiste mi ayudador ante el gobernador, mi ayudador en el fuego y mi ayudador entre las bestias; solo tú eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.
8 Tecla, a su regreso, encontró a Tamiris muerta, pero a su madre con vida. Así que, llamando a su madre, le dijo: «Teoclia, madre mía, ¿es posible que creas que solo hay un Señor Dios que habita en los cielos? Si deseas grandes riquezas, Dios te las concederá por mi intermedio; si quieres recuperar a tu hija, aquí estoy».
9 Estas y muchas otras cosas le explicó a su madre, intentando convencerla de su propia opinión. Pero su madre, Teoclia, no dio crédito a lo que dijo la mártir Tecla.
10 Tecla, dándose cuenta de que hablaba en vano, se hizo la señal de la cruz, y salió de casa, y fue a Dafina. Y cuando llegó allí, fue a la cueva donde había encontrado a Pablo con Onesíforo, y cayó en tierra, y lloró delante de Dios.

11 Y partiendo de allí, fue a Seleucia, e iluminó a muchos en el conocimiento de Cristo.
12 Y una nube luminosa la guió en su viaje.
13 Y cuando llegó a Seleucia, se fue a un lugar fuera de la ciudad, como a la distancia de un estadio, teniendo miedo de los habitantes, porque eran adoradores de ídolos.
14 Y fue conducida (por la nube) a un monte llamado Calamón o Rodeón. Allí permaneció muchos años, sufriendo muchas y graves tentaciones del diablo, las cuales soportó dignamente gracias a la ayuda que recibió de Cristo.
15 Finalmente, ciertas damas de honor, al oír hablar de la virgen Tecla, fueron a verla y fueron instruidas por ella en los oráculos de Dios, y muchas de ellas abandonaron este mundo y llevaron una vida monástica con ella.
16 Con esto se difundió por todas partes un buen informe de Tecla, y ella realizó varias curaciones (milagrosas), de modo que toda la ciudad y los países adyacentes llevaron a sus enfermos a esa montaña, y antes de que llegaran a la puerta de la cueva, fueron curados instantáneamente de cualquier enfermedad que tuvieran.
17 Los espíritus inmundos fueron expulsados, haciendo un ruido; todos recibieron a sus enfermos sanados, y glorificaron a Dios, que había otorgado tal poder a la virgen Tecla;
18 De tal manera que los médicos de Seleucia ya no valían más, y perdieron todo el provecho de su negocio, porque nadie los tenía en cuenta; por lo cual se llenaron de envidia, y comenzaron a idear qué métodos adoptar con este siervo de Cristo.

CAPÍTULO 11

1 Entonces el diablo les sugirió malos consejos a sus mentes; y estando un día reunidos para consultar, razonaron entre sí así: La virgen es sacerdotisa de la gran diosa Diana, y todo lo que ella le pide se le concede, porque es virgen, y por eso es amada por todos los dioses.
2 Ahora pues, consigamos algunos individuos libertinos, y después de haberlos emborrachado lo suficiente y de haberles dado una buena suma de dinero, ordenémosles que vayan y corrompan a esta virgen, prometiéndoles, si lo hacen, una recompensa mayor.
3 (Porque así concluyeron entre ellos que si lograban corromperla, los dioses no la tendrían en cuenta más, ni Diana podría curar a los enfermos por ella.)
4 Ellos procedieron conforme a esta resolución, y los compañeros fueron al monte, y fieros como leones a la cueva, llamando a la puerta.
5 La santa mártir Tecla, confiando en el Dios en quien creía, abrió la puerta, aunque ya había sido informada de su designio, y les dijo: Jóvenes, ¿cuál es vuestro negocio?
6 Respondieron: «¿Hay alguien dentro que se llame Tecla?». Ella respondió: «¿Qué quieren con ella?». Dijeron: «Queremos acostarnos con ella».
7 La bendita Tecla respondió: «Aunque soy una anciana miserable, soy sierva de mi Señor Jesucristo; y aunque tenéis un vil designio contra mí, no podréis llevarlo a cabo». Ellos respondieron: «Es imposible, pero debemos poder hacer con vosotros lo que nos proponemos».
8 Y mientras decían esto, la apresaron con todas sus fuerzas y la querían violar. Entonces ella, con suma dulzura, les dijo: «Jóvenes, tengan paciencia y vean la gloria del Señor».
9 Y mientras la sujetaban, ella miró al cielo y dijo: Oh Dios reverendísimo, a quien nadie puede compararse; que te haces glorioso sobre tus enemigos; que me libraste del fuego, y no me entregaste a Tamiris, ni me entregaste a Alejandro; que me libraste de las bestias salvajes; que me preservaste en las aguas profundas; que en todas partes has sido mi ayudador y has glorificado tu nombre en mí;
10 Ahora también líbrame de las manos de estos hombres malvados e irrazonables, y no permitas que corrompan mi castidad, la cual hasta ahora he conservado por tu honor; porque te amo, te anhelo y te adoro, oh Padre, Hijo y Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.
11 Entonces se oyó una voz del cielo que decía: «No temas, Tecla, mi fiel sierva, porque estoy contigo. Mira y contempla el lugar que se abre ante ti: allí estará tu morada eterna; allí recibirás la visión beatífica».
12 La bienaventurada Tecla, observando, vio que la roca se abría tanto como para que un hombre pudiera entrar; hizo lo que se le ordenó, huyó valientemente de la vil tripulación y entró en la roca, que instantáneamente se cerró de tal manera que no había ninguna grieta visible en el lugar donde se había abierto.
13 Los hombres quedaron completamente asombrados ante tan prodigioso milagro, y no tuvieron poder para detener a la sierva de Dios; sólo, agarrándola del velo o capucha, le arrancaron un pedazo;
14 Y esto fue con el permiso de Dios, para confirmación de la fe de quienes vinieran a ver este venerable lugar, y para transmitir bendiciones a aquellos que en épocas futuras creyeran en nuestro Señor Jesucristo con un corazón puro.
15 Así sufrió aquella primera mártir y apóstol de Dios, y virgen, Tecla, la cual vino de Iconio a la edad de dieciocho años; después, en parte en viajes y peregrinaciones, y en parte en vida monástica en la cueva, vivió setenta y dos años; de modo que tenía noventa años cuando el Señor la trasladó.
16 Así termina su vida.
17 El día que se guarda sagrado en su memoria es el veinticuatro de septiembre, para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.